



MONTESINOS 500 AÑOS DESPUES

Fray Santiago Echeverría Echarri, OP

Desde nuestros Puestos Misionales del río Urubamba los misioneros dominicos vamos reflexionando sobre el sermón de nuestro Hermano Montesinos y toda la realidad de la Comunidad dominicana de La Española en aquel lejano año 1511.

En estos últimos años han hecho presencia en los territorios amazónicos grandes empresas multinacionales que vienen explorando y explotando diversos recursos naturales como gas, petróleo, etc. Los pueblos indígenas del río Urubamba, donde por muchos años venimos evangelizando los dominicos, se han visto sorprendidos por la presión de estas multinacionales que se están llevando las riquezas de sus territorios con prisa, con codicia, pagando lo menos posible y atropellando los derechos de esta gente sencilla. Quiero resaltar, guardando las distancias, las semejanzas de nuestro quehacer misionero en relación a la predicación de nuestros hermanos de La Española en el Adviento del año 1511.

Hemos vivido, como ellos, momentos de tensión, riesgo y desasosiego al vernos tan limitados a la hora de defender la seguridad, la libertad y hasta la vida de las Comunidades Nativas. No hemos llegado al bombazo evangélico de Fr. Antón, pero sí nos hemos arriesgado en las diversas batallas.



Intentaré describir nuestra realidad misionera como un aporte a la gozosa celebración de los 500 años del sermón de Montesinos.

Nuestro hermano dominico cita las palabras del Precursor: “yo soy la voz que clama en el desierto”, y continúa: “yo soy la voz de Cristo en el desierto de esta isla”. Dos desiertos con

grandes dificultades para llevar una vida normal, medianamente cómoda. Con la experiencia que tenemos de vivir tantos años en estos territorios no resulta difícil imaginarnos la vida de nuestros primeros evangelizadores soportando la extrañeza de alimentos, las enfermedades, clima, convivencia y la dificultad de las comunicaciones hacia el interior de la isla y mucho peor si miramos todo un inmenso océano separando de las raíces familiares, conventuales y la vida de la nación de origen, todo un viejo mundo lleno



de añoranzas y entrañables recuerdos. Este panorama, donde resuena la voz evangélica, queda bien enmarcado en la figura de desierto.



Nuestro escenario de las selvas amazónicas presenta, hoy día, semejanzas con la realidad que vivieron nuestros hermanos dominicos “en el desierto de esa isla”. Aquí la naturaleza vence al hombre, lo tiene como acorralado. La vida discurre dentro de un

esquema sencillo, simple, como pactando con la naturaleza para que el desarrollo sea lento, sin dañar a nadie. Sospecho que nuestro diario vivir en estas selvas amazónicas guarda algunas semejanzas con la vida de la Comunidad de La Española. También nuestra salud se ve amenazada por las enfermedades tropicales, como paludismo, hepatitis viral, leishmaniasis, sin olvidar picaduras venenosas, accidentes, y todo ello bajo la protección escasa e insuficiente de unos servicios sanitarios muy elementales. Las comunicaciones son mayormente por vía fluvial con pasos o desfiladeros muy peligrosos donde frecuentemente se pierden vidas humanas. Y añadido un detalle que es muy probable que sea común a todos los pueblos indígenas de las selvas del Nuevo Mundo. Su cultura es de singulares, no captan ni entienden los universales. Todo el día tenemos que tener el cuidado de conversar, predicar, dar clases utilizando términos muy concretos; si pasamos al universal nos quedamos solos

Es posible que los evangelizadores, ellos y nosotros, procedemos del Convento de Salamanca; en sus aulas hemos formado nuestro pensamiento teológico y conocido la gloriosa historia de nuestros mayores. San Esteban ha sido siempre una referencia de vida dominicana entrañable. En los finales del siglo 15 y principio del 16 los grandes maestros como Vitoria sembraron en el corazón de aquellos religiosos que viajaban al nuevo continente el valor de la persona humana sin distinciones de ninguna clase. Desnudos, sin bautismo, pobres, ignorantes, perseguidos y espoliados, todos criaturas maravillosas salidas de la mano del Dios bondadoso. Ese carisma de defender a la persona humana lo llevan nuestros hermanos como un signo de identidad dominicana.

En nuestro tiempo tenemos que reconocer con agradecimiento que los Capítulos Generales con el tema de Las Prioridades y Fronteras nos han ayudado a fijar nuestra



atención en los más desfavorecidos, en los que de diversos modos se les niega acercarse a participar de los bienes de la humanidad. Han ido apareciendo en las Provincias los comités de Justicia y Paz, de Derechos Humanos, la Teología de la Liberación en nuestra América pobre, colectivos en defensa de toda justicia como Verapaz. Este interés

por mirar hacia los más empobrecidos se enriquece en nuestra realidad de misioneros ad Gentes con ejemplos como Fr. José Álvarez que ha dedicado toda su vida, sus valores, a acompañar a estos pueblos primitivos. A pesar de las distancias en el tiempo hay un mismo ideal que nos une.

Pero hay que señalar un aspecto que nos distancia del convento de La española. Fr. Pedro de Córdoba y sus hermanos viven bajo el mismo techo y estudian y meditan en comunidad la palabra de Dios y Fr. Montesinos, con entusiasmo y coraje, pone su voz, la que clama en el desierto. En nuestro campo pastoral las distintas comunidades nativas viven dispersas por los ríos grandes y pequeños, muy alejadas entre sí. Esto nos obliga a los misioneros a vivir el valor comunitario con un mismo corazón y una sola alma, pero no bajo un solo techo.

Pienso que Montesinos subió aquel domingo de adviento a un púlpito clásico en una capilla o templo, parroquial o conventual. Aquí todo es distinto. Los funcionarios del gobierno y los codiciosos conquistadores no entran a las capillas, ni templos. Hay que acudir a sus foros para exponer las exigencias de la justicia evangélica en los tonos más vigorosos. Estos son nuestros púlpitos: Asambleas comunitarias, Consultas y Audiencias públicas, mesas de concertación, mítines, marchas, paros. En estos desiertos suena nuestra voz esperando que penetre en los duros oídos de los poderosos.

Tal vez simplificando un poco podamos decir que Montesinos tenía junto a su púlpito dos colectivos de fieles: los conquistadores y los nativos Taínos. Cuando leemos su sermón, sus muchos interrogantes, está claro que los conquistadores -cristianos de siempre, cumplidores de sus deberes dominicales,- eran codiciosos, crueles, ladrones, opresores sin sentimientos, imponiendo trabajos forzados, causando muertes y toda clase estragos.



No sé a qué grado de perfección habrían llegado los taínos dentro de su propia cultura ni cuánto de la cultura y lengua de los extranjeros habrían asumido. De las palabras de Montesinos deducimos que eran sumisos, inocentes, mansos y pacíficos en sus tierras, oprimidos y fatigados, mal alimentados, sin atención sanitaria en sus enfermedades, “nadie los instruye para que sean cristianos”, los excesivos y crueles trabajos les causan la muerte, etc.

No olvidar que los encomenderos se sienten arrojados por el silencio culposo de las autoridades. El Papa representa a Dios, el Emperador al Papa y así sucesivamente hasta llegar al peón que cuida los caballos; todos “divinamente” autorizados para basurear a los indígenas.

En nuestros territorios amazónicos, los oyentes que escuchan nuestras demandas de justicia también podemos clasificarlos en conquistadores e indígenas. Los primeros representan a las grandes compañías explotadoras y transportadoras de gas. Abogados, ingenieros, economistas, antropólogos que cuidan celosamente los codiciosos intereses de los grandes magnates de la economía mundial.

Los conquistadores que están junto al púlpito de Montesinos y los nuestros guardan semejanza en la acción de expoliar a los indígenas.

Nuestros taínos aquí son machiguengas, nantis, nahuas, asháninkas, yines que sienten las palabras del misionero como una tenaz defensa de sus vidas y culturas.



Fr. Antón predica una homilía estudiada, meditada y firmada por toda la comunidad. Empieza con el evangelio citando al Bautista y pasa a las malaventuras, impropiedades, para fustigar los vicios de los conquistadores y empujarlos a la conversión. En nuestra selva, los continuos atropellos e injusticias contra los indígenas han creado en los misioneros un mismo sentir y un modo de armar la defensa con la mayor fortaleza posible. Dada la distancia y dispersión en que vivimos nos valemos de la comunicación radial diaria para lograr un consenso comunitario en nuestros planteamientos. Incluso en momentos



de mayor tensión social, llegan, vía internet, los aportes y orientaciones del P. Ricardo, siempre atento al desarrollo de los pueblos indígenas y a los conflictos sociales de la nación.

Ante nuestro público de conquistadores no podemos decir “estáis en pecado mortal”. La carcajada de estos descreídos sería demasiado sonora, casi un regalo. Acudimos al evangelio, observamos las bienaventuranzas de los pacíficos y los perseguidos por la justicia y pasamos de inmediato a las malaventuranzas en una secuencia similar a la de Fr. Montesinos. Y empiezan los interrogantes: ¿Por qué invaden los territorios propiedad de los nativos sin permiso de nadie? ¿Por qué presentan al estado estudios del medio ambiente con graves omisiones para conseguir permisos de explotación? ¿Por qué corrompen a los funcionarios del gobierno para que engañen a los nativos y firmen convenios tramposos? ¿Por qué proyectan gaseoductos cerca de los poblados poniendo en peligro la vida de los indígenas? ¿Por qué instalan campamentos de 400, 500 y hasta mil trabajadores junto a los centros poblados que terminan siendo fuente de destrucción de sus modos de vivir corrompiendo a los sencillos pobladores con borracheras y abusos de todo género? ¿Por qué cuando revientan los tubos y se envenenan los ríos poniendo en grave peligro la vida de los indígenas disimulan y ocultan el desastre dando compensaciones ridículas? A veces debemos reconocer que nuestros adjetivos son un tanto ásperos al estilo de Jesús cuando tuvo que referirse a Herodes con palabras poco cariñosas.



Al “sermón” del misionero se añaden las intervenciones de los líderes nativos, en su lengua o en castellano. Son argumentos desconcertantes que nacen desde lo profundo de su cultura, del amor vital y entrañable a su tierra. Hasta los mismos conquistadores



quedan admirados. Ocurre lo del Espíritu del Señor que sopla donde quiere y pone palabras luminosas en la boca de los sencillos.

Dice Fr. Bartolomé de las Casas que ese día no se convirtió nadie. Siguieron engordando sus bolsillos a cuenta de despellejar a los nativos. Los taínos sí entendieron que no estaban solos, que los evangelizadores “apostaban” por los pequeños de Yavé.

Aquí, en nuestros puestos misionales, es igual. Los conquistadores vienen con helicópteros, no con caballos, y no se convierten. Tampoco Jesús convirtió a Herodes o Pilatos, pero seguro que murió por ellos. No olvido al gran abogado de la empresa. Después de exponer los maravillosos argumentos y no conseguir nada exclamó con fastidio, con cara de malos amigos: “Aquí hay un cura”. Nunca me sentí más honrado en mis muchos años de misionero.

Los misioneros dominicos del Urubamba nos unimos a este homenaje-recuerdo de los Hermanos de La Española que hace 500 años dieron un sentido nuevo –humano y cristiano- a la llamada conquista o descubrimiento o lo que sea. Seguimos clamando en estos rincones amazónicos con el coraje de Fr. Antonio Montesinos: ¿Acaso estos indígenas no son seres humanos, hijos de Dios que reciben el mensaje evangélico de los hermanos predicadores?